

La Juventud Literaria

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

Año VI.

Murcia 6 de Mayo de 1894.

Núm. 212.

Suscripción: En Murcia, 50 cts. al mes. Fuera, 2 pesetas trimestre.—Anuncio-trajeta y periódico 1 pta. al mes.

Redacción y Administración

MARIANO PADILLA, 49.

La correspondencia al director. No se devuelven los originales. Número suelto 10 céntimos.

La Juventud Literaria.

PALIQUE.

Estamos en Mayo.

El mes de las *Mayas*, de las cruces y de los conjuros.

En este año tenemos la Ascension y el Corpus.

Y *Pentecostés*, porque como decía el negrito del cuento, es mejor fiesta porque son tres días.

Y la *luda sin ludio* no nos quiere pagar la *majarrana* que se comió, con permiso de *D Juan de Garona*, inseparable amigo de un amigo que se rasca por comer habas, aun cuando hoy come minchirones, precursores del jumillano.

No queremos continuar extraviándonos por los *estados de Pantorrillas*; el hombre inmortal que en sus lares empuña el cetro de su omnipotencia *merendolista*.

Si estuvieran los *Tanis* en Murcia, si estuviera *Navarini*, si estuviera el *Niomis* tradicionalista de *Pedralves* y el *Tividavo*, entonces sería otra cosa, pero están en Granada, en la perla de Boabdil, en las umbrías del Generalife y en las siluetas de la sierra Elvira.

Estamos en Mayo, y en Mayo empiezan los conjuros, duermen los gusanos la *cuarta dormida*, se duerme la siesta, hay *guita* y cobran los propietarios.

Nosotros que no lo somos, que vivimos en la mañana de la vida, pensando en esta ó en aquella, porque ambas, hijas de Eva, nos trastornan y nos enloquecen con sus coqueterías, pedimos benevolencia y esperamos nos la den las individuos quienes les daríamos toda la sangre de nuestra sangre y todos los huesos de nuestros huesos.

Pero hagamos punto, no desafiemos, como dice *Picio*, y hablemos en serio.

Hace unas noches nos encontramos en una calle céntrica de esta capital a una preciosa niña, huérfana de padre, que nos dijo con candorosa ingenuidad:

—¿Es usted el que escribe en LA JUVENTUD LITERARIA?

—Sí, bella señorita.

—Pues yo, leo con entusiasmo cuanto escribe, y sobre todo los *paliques*, y quisiera que usted me amara.

—Señorita —le contesté— estoy comprometido tengo obligaciones contraídas y hoy por hoy *no puedo comprometerme*.

Si non é vero é bien provato.

Esto no lo tomen á broma mis lectores, ocurrióme en Murcia y en la calle de la Trapería, la noche de San Marcos, 25 de Abril.

¡Oh!

¡La noche de San Marcos!

Nuestros lectores podrán sacar la consecuencia.

Nosotros decimos como Javier de Burgos:

¡Como está la sociedad!

Las mujeres pretenden á los hombres.

También es verdad que yo soy muy guapo.

Y no tengo abuela.

RAMON BLANCO.



Mirando al mar.

Nada más magestuoso, nada más digno de admirarse que el mar, cuando tranquilo luce su manto azul, desafiando la hermosura del firmamento que en él se retrata.

El pensamiento dilata su vuelo buscando el límite remoto de la an-

churosa ría que ante su vista aparece; en él es donde se desarrollan los pensamientos más sublimes y elevados; mirando al mar se pasan horas enteras, en las que la imaginación recuerda y ve claramente algún sér, alguna sombra, alguna idea que recoge y acaricia con verdadero amor; mirando al mar es donde la ventura, la paz, la calma, la virtud rodean al sér que amamos, al sér querido de nuestro corazón.

Del mismo modo, ¡cuán sublime, entre el horror de sus escenas de muerte, se nos presenta ese anchuroso mar, cuando ruje con furia el huracán bravo!... Ya no la inmensa extensión retrata en el diáfano cristal de sus linfas el claro azul del cielo; ya no sus tranquilas olas mueren en la playa murmurando páginas dulces de eterno amor; ya no las primeras luces de la aurora y las últimas del respectivo crepúsculo duermen sobre ese manto azul. El cielo obscuro, sombrío; las olas que avanzan como gallardas montañas, rugiendo sin cobardía y estrellándose con furioso estrépito; el trueno que retumba en la cóncava región del espacio infinito; el huracán que zumba y el rayo que destroza lo que encuentra á su paso.... ¡Cuadro aterrador!.... Y en medio de estos horrores, sobre fondo negro y lúgubre, la débil navicilla, juguete de las olas, el humilde barquichuelo que zozobra y se hunde, hallando profundo é ignorado sepulcro.

También en el mar de la vida hay días bonancibles y días tormentosos; también hay abandonados naufragos, desdichas terribles y desengaños fatales...

Tras la tempestad viene la calma.

ANTONIO MORRO.

